En efecto, no es dogma de fe la localidad; pero nadie ignora que por providencial disposicion San Pedro fué á Roma, y allí se veneran sus huesos y los de San Pablo; y allí se estableció la Cátedra Santa, y allí se llevaron las mas preciosas reliquias de la cristiandad; y allí se erigió en fin el gran centro de la doctrina católica sobre las ruinas del que habia sido centro de la doctrina pagana. San Pedro en su primera Epístola aplica á Roma el nombre figurado de Babilonia: *salutat vos Ecclesia quæ est in Babilone:* San Juan, en el Apocalípsis, la designa más de una vez con el mismo nombre, caracterizándola de un modo que solo á ella puede convenir, pues habla de su imperio sobre todos los pueblos, de su crueldad para con los cristianos, y de las siete colinas sobre que descansa. El destino providencial de Roma, la grandeza de la doctrina católica brillando en la ciudad misma que habia sido centro y escuela de todos los errores, el contraste elocuentísimo que forma en la serie de los siglos la Roma de los Pontífices con la Roma de los Césares y de los héroes, son verdades que nadie desconoce, que todos acatan, que la Escritura y la tradicion y la historia presentan como irrebatibles.

«Pero Roma, nos dice el orador ya citado, tuvo una gloriosa vida bajo el paganismo. En sus cenizas se siente palpitar el corazon de sus héroes; en sus ruinas se ven flotar las sombras de sus dioses; en sus tumbas se oyen gemir las antiguas generaciones; en sus árboles murmurar los antiguos genios de las selvas; en sus auras y sus fuentes sonar el cántico sensual, ardoroso de sus primitivos poetas; y al pié de sus altares aun brilla el bajorelieve en que el cincel antiguo dejaba el Fáuno entre flores ó la Náyade en su concha; concierto de recuerdos que con sus profanas armonías turba al creyente que va á buscar en Roma el bálsamo tansolo de la verdad religiosa.»

Tranquilícense los poetas católicos anti-romanos: diez y nueve siglos de verdad han desgastado ya los relieves de la mentira pagana: esa palpitacion de los héroes, y esas sombras de los dioses, y los genios de las selvas y las fuentes, y el dibujo del Fáuno y de la Náyade trastornan ya muy pocos cerebros, y estamos por asegurar que no arrebatan un solo espíritu á la comunion católica: ¿habria por ventura quien prefiriera semejantes niñerías de Náyades y Fáunos á los admirables cuadros que allí ostenta el arte cristiano, á las edificantes imágenes, á las magníficas esculturas, y sobre todo á las sombrías Catacumbas donde el peregrino se abisma y todo viajero se inclina con respeto? Epocas ha habido en la historia de la humanidad y del arte, á contar desde los primeros siglos de la Iglesia, en que las

corrientes del gusto han propendido al paganismo, de un modo más ó ménos alarmante; épocas en que la mitología ha llamado hácia sí la atencion de la muchedumbre de los sabios y de los artistas; en que han recibido, por último, un culto exagerado los modelos de la Grecia politeista y de la Roma gentil; y sin embargo, ni en esas épocas siquiera han turbado al creyente, peregrino en la Ciudad eterna, las profanas armonías del paganismo. La Roma católica, que no es enemiga de la belleza, ántes bien la favorece y fomenta; la Roma católica, que noblemente ha aceptado y protegido todo cuanto no se opone á las verdades eternas y á la moral purísima de la doctrina cristiana, conserva los monumentos del arte antiguo sin temer su silenciosa influencia, los conserva con esmero para bien y legítimo progreso de las ciencias estéticas en la moderna Europa. Hay, pues, quienes afectan tener miedo á la sombra del paganismo que puede vagar por Roma, y no afectan tenerlo á la realidad de la barbarie que vaga por Asia y acaba de ensangrentar las montañas del Líbano y las orillas del Jordan. Mediten entre uno y otro peligro, y hallarán el segundo mas grave y mas imponente.

De la calidad de Roma antigua se quiere hoy deducir que no es residencia conveniente para el Pontificado; y San Leon Magno en un magnífico

sermon pronunciado sobre la tumba de San Pedro, dedujo de la misma calidad una consecuencia enteramente contraria: «esta ciudad, decia aquel gran Papa, que dominó á casi todas las gentes, fué á su vez dominada por los errores de casi todas las gentes: cuanto mas tenazmente habia sido ligada por el diablo, tanto mas admirablemente fué rescatada por Cristo.» Y el poeta cristiano Próspero escribia en los tiempos de San Agustin:

Sedes Roma Petri quæ pastoralis honore
Facta caput mundo quidquid non possidet armis,
Religione tenet.

El vulgo, que es depositario de grandes verdades prácticas, sostiene y repite como un proverbio secular, que ESTA BIEN SAN PEDRO EN ROMA. No olvidemos nunca este proverbio del vulgo.